
IX.

Añorbe (don Acisclo).

Y entraron en la estancia miss Alicia, Lucila y un nuevo personaje, para nosotros desconocido, y á quien será necesario dedicar unas cuantas líneas de descripción.

Era don Acisclo Añorbe.—Aún no se había despojado de los arreos marciales de la caza, y ostentaba el cinturón de los cartuchos sobre el burdo chaquetón de campo. Puesto en la cabeza el sombrero de fieltro gris, y sobre la espalda el gran zurrón de cuero, teniendo todavía armados los duros borceguíes de las espuelas vaqueras, componía su persona un conjunto que se destacaba sobre la delicadeza y elegancia de los muebles de la sala, como un manchón irregular y oscuro sobre una tela de grana ó tisú. Para que mayor fuese el con-

traste, el aspecto de don Acisclo era, por su r eicia complexion, por la anchura desmedida de los hombros y por el tamaño de los pi es, el de un hombre r ustico, hecho   las labores mas penosas, asoleado y curtido por el aire. Su faz, arrebolada y rubia, no presentaba faccion notable ni digna de mencion especial. Eran sus ojos pequeños, de un azul p alido, descolorido como el de esas cuentas de vidrio de los collares; sus mejillas gruesas, gruesos sus l abios y carnosa la nariz. Dos pequeños mechones de pelo rubio caian desde la cabeza, apareciendo sobre el lugar en que suelen hallarse las patillas; y este era el único adorno de su rostro. Pero no; que tambien acostumbraba adornarse en los días muy claros de unos quevedos negros, los cuales, pendientes de un cordoncillo, andaban oscilantes sobre el pecho, como ojos supletorios y postizos que aguardan impacientes el momento de entrar en servicio activo. No era menos expresiva la mirada de don Acisclo, cuando aquellos dos  valos de cuarzo negro ocultaban sus ojos, que cuando éstos se hallaban libres de toda careta; antes al contrario, los anteojillos daban   la cara del cazador cierto aspecto misterioso que engañaba. Imagin base el observador que detrás de aquellos cristalejos se movian dos ojos expresivos, elocuentes, negros acaso, y al descubrirlos, el desengaño mas atroz sustituia   tal idea. Detrás de aque-

llos anteojos se ocultaba la nada, una pupila fria, casi incolora, inexpresiva, como la de los ciegos por gota serena.

Mas, prescindiendo de detalles físicos, diremos que D. Acisclo Añorbe era un excelente señor. Su vida fué, desde el nacer, lucha feroz, reñida y victoriosa con la miseria. Engendr le la pobreza, y él se propuso salir del precario estado de su infancia, y lo consiguió. Aplicando la palanca de su voluntad en el punto de apoyo del trabajo, realizó cosas sorprendentes. Nadie le enseño   leer.  l solito andaba por las calles de Santander aprendiendo la lectura,  d nde creereis vosotros? en las muestras de las tiendas. Estas fueron su primer maestro,

Cierta noche, en que no habia cenado, despues de recorrer la ciudad, y despues de leerse todas las muestras de las tiendas, par se delante de una que hasta entonces no habia visto. En vano intent  deletrear el historiado rótulo, pues la mano de un artista gongorino habia amontonado all  tanto rasgo, tanta hojarasca, tanto adorno, que las líneas caracteristicas de las letras desaparecian entre ellos. Cuando mas enfrascado estaba en su análisis alfabético, salió del despacho un hombre, le pregunt  quién era y qué hacia all ; y como Acisclo le refiriese la verdad, punto por punto, le propuso el otro entrar   su servicio como mancebo del establecimiento. Acept 

con gozo el arrapiezo, y así comenzó su fortuna. Midió muchas varas de pana y madapolan, pesó muchas arrobas de hierro, acudió á muchos mercados con su vara de medir atravesada en la faja y su paquete de lienzos sobre la dura espalda, hasta que su principal le dijo que si queria ir á un mercado muy grande que hay al otro lado del mar. Respondió que sí, y ahí tienen ustedes á Acisclo, al muchacho huérfano, hambriento y medio desnudo que aprendió á leer en las muestras de las tiendas, navegando, navegando hácia Washington en un barco cargado de lana. ¿Cuántas veces fué? ¿Cuántas veces vino? No va tantas la lanzadera para tejer el hilo entre los mil carretes del telar como Acisclo cruzó los mares, siempre en su barco viejo de madera, lleno hasta los topes de lana merina. Cada viaje era una vuelta alrededor del país de la fortuna. Acisclo iba á América con lana, y volvía, no trasquilado como reza el adagio, sinó con oro.

Así es la leyenda del comerciante, y así fué la vida de Acisclo. Su nombre experimentó diversas modificaciones, y de Acisclo á secas, al volver de una de sus expediciones habia ascendido á Sr. Acisclo.

—¿Qué es eso?—le preguntó su principal y protector.—¿Te haces dar tratamiento?

—¿Qué quiere Vd.!—repuso riendo el afortunado ganapan.—¡Oiga Vd., y diga luego si merezco el título!

Y con su mano derecha golpeó el bolsillo de su pantalon, que dió un timbre de monedas de oro altamente aristocrático.

Muchos años antes de que nosotros conociésemos á Acisclo, habia muerto el comerciante de Santander, que le dejó toda su fortuna, y aumentada ésta con posteriores viajes á América, habia logrado el tratante en lana formar un capital de cuatro millones, con que halló colmada su ambicion, retirándose del comercio.

—En el mundo—solia él exclamar cuando alguien le increpaba por haberse retirado á la vida tranquila—hay plazas contadas en todas las profesiones: tantos carpinteros, tantos médicos, tantos traficantes en lana. Si un carpintero se enriquece, tiene el deber de cerrar su tienda ó dejársela á otro pobre. Si un médico ha logrado poner coche á costa de la salud del género humano, debe dejar en paz á la muerte, permitiendo así que otros vengan á reemplazarle. Por eso me he retirado yo.

Como se ve, D. Acisclo, aunque rudo y poco educado para las suavidades del trato social, poseia un alma noble y honrada, en que el árbol de la generosidad habia echado raices y asomaba sus hermosas hojas de oro por las manos del comerciante, el cual invertia fuertes cantidades en remediar las desgracias del prójimo.—Tambien gastaba pródigamente sus rentas en el lujo y comodidades de la aris-

toeracia. Era gran cazador; y esta afición suya, que llenaba la mitad de su existencia, hábale proporcionado relaciones de amistad con gentes muy nobles y muy linajudas. Mas el buen instinto de D. Acisclo, y cierto conocimiento del mundo, adquirido en aquel ir y venir de su agitado oficio, habíanle enseñado á no envanecerse con la confianza de los ricos, y prefería á estas giras campestres y venterías sus ratos de tertulia en el Círculo Mercantil, su reunion del café de Levante, donde se congregaban, despues de la hora de Bolsa, cinco ó seis amigos y compañeros de fatigas, y, sobre todo, el retiro de su casa.

—¡Imposible parece,—pensaba á veces don Acisclo,—que un hombre tan grosero y vulgar como yo haya encontrado mujer tan distinguida y tan bonita. No hablemos de mi hija, porque la misma naturaleza nos da ejemplos de padres bastos que engendran hijos finos; y ahí está, si no, el granado, que siendo todo espinas, produce aquella fruta que brilla como granates y sabe á mieles.

Otras veces decia:

—Indudablemente, Dios crea diversas clases de personas, clasificándolas, no con las distinciones de la sociedad, sino por el mérito intrínseco suyo. No puedo creer que mi mujer y yo seamos de la misma masa. Lo que yo pienso, es que, para dar variedad al mundo, el Señor pone junto á los seres feos y áspe-

ros otros seres bonitos y delicados, y de este modo, en una misma familia se encierran el cristal y el peñasco, el cardo y la violeta, el incienso y la ruda.

Con tan bello carácter, se explica que doña Ana sintiese profunda admiración hácia su marido, á pesar de que se casó haciendo horrible violencia á su alma y venciendo la repugnancia que le inspiraba aquel pariente advenedizo, en quien ella juzgaba reunida toda la petulancia de un plebeyo endiosado y toda la grosería de un patán.

¡Cómo se equivocó! Don Acisclo era el hombre mas caballeresco de España, tierra clásica de los caballeros, segun afirmamos nosotros modestamente; y en su cariño á la hija de don Anastasio habia algo de culto idólatrico, mudo, no expresado con palabras poéticas, ni conceptuosas metáforas de amor, ni con arrebatos tampoco, sino por una aquiescencia complaciente á sus opiniones y deseos, por un cortés propósito de agradar, que prestaba á veces al comerciante seducciones imprevistas en aquel hombre. Doña Ana habia ido entregándole fibra á fibra su corazón, hasta profesarle un afecto tierno y dulce, mezcla de respeto, amistad y gratitud, que era bastante para la dicha del buen Acisclo.

Así era por dentro y por fuera el señor que entró, seguido de Lucila y Alicia, en el gabinete de doña Ana, cuando ésta acababa

de alzarse del suelo. El turbado rostro de la señora de Añorbe hubiera alarmado á cualquiera mas perspicaz que don Acisclo, pero éste nada observó en su mujer que pudiera llamarle la atencion. En cambio, la miss, cuyo semblante expresaba el asombro y la curiosidad, no pudo contener dentro de sus lábios estas palabras:

—¡Válgame las Tres Potencias! ¿Está usted mala, señora? ¿Qué le sucede á usted?

—¡Nada!—repuso el cura afectando tranquilidad.

Mas como el semblante de doña Ana adquiriera creciente palidez, que aumentaba la negrura de sus dulces ojos, añadió:

—Que se ha indispuesto... Pero eso no es nada... Acaso el frio de la noche... La iglesia es un páramo, y allí es fácil coger un constipado.

—¿Te sientes mal?—preguntó con mucho afecto, acercándose á doña Ana, el señor de Añorbe.

—Sí—respondió ella, que quiso aprovechar aquel ardid del clérigo, encaminado á evitar mas explicaciones que satisficiesen la curiosidad de Alicia y el interés de Acisclo.—Voy á acostarme. El calor del lecho me hará recobrar las perdidas fuerzas.

—Esto pasará. No haya temor... ¡Un constipadillo! ¡Fruta del tiempo!—afirmó D. Pedro, Lucila se habia sentado junto á su mamá,

en un pequeño taburete de terciopelo, y cogiendo con sus manos las de la entristecida señora, púsose á mirarla atentamente, como preguntándola de aquel modo si era cierto que estaba mala. Al contemplar á su hija, una ola de llanto acudió á los ojos de doña Ana. Quiso dominarse, y conociendo que no podia, levantóse bruscamente del sillón y fué á su alcoba. Allí dejó correr aquel mar de pena, y lloró, lloró con la misma ánsia del nadador que respira el aire libre, despues de buzear durante cinco minutos.

—¡Oh, padre mio! ¡padre, mio!—murmuró.
—¡Bien cara pago mi falta!

D. Pedro se retiró á su casa, prometiendo venir á otro dia. D. Acisclo se dirigió á su despacho, y allí se enfrascó en la lectura de facturas, cuentas y cartas comerciales. Alicia y su educanda se fueron á seguir su interrumpida leccion de historia, y poco despues la voz ágría y discorde de la maestra sonaba como un graznido en el salon donde tuvimos el honor de que nos la presentasen.